

EL COSTARICENSE.

EPOCA III--TRIM. 4º

Periódico Semanal.

Nº 43.

Se admiten gratis los comunicados de conveniencia pública; se insertan avisos por un precio equitativo.

SAN JOSÉ, DICIEMBRE 15 DE 1876.

Se publicará semanalmente. El número suelto vale diez centavos. La suscripción por trimestre un peso adelantado.

JOAQUIN F. ROSADA.

Redactor Responsable.

A los Señores Suscriptores.

Se hizo imposible la salida del número de "EL COSTARICENSE" correspondiente a la semana anterior por haberse presentado obstáculos insuperables que sería inoficioso especificar; pero en ello nada perderán nuestros abonados, pues para subsanar la falta no se comenzará a contar el trimestre siguiente hasta no haber completado los trece números que deben constituir el que está en curso; ó acaso, para evitar complicaciones en la contabilidad, repartiremos oportunamente una producción que se vá a dar a la prensa, para su venta, y cuyo precio será doble del de un número suelto de este semanario.

Exámenes.

En esta época del año, los establecimientos destinados a difundir la instrucción pública en las ciudades, las villas, los pueblos y aun las aldeas, exhiben los resultados de las faenas impendidas por maestros y discípulos, durante el año escolar; y los padres, y los que tienen algún interés por esas plantas que se levantan prometiendo para más tarde sazonados frutos; y los amantes de la instrucción pública, que en la buena educación de la niñez y en el cultivo y desarrollo de la inteligencia y del corazón de los jóvenes, contemplan la primera claridad de la aurora de la nueva generación que debe sucedernos, concurren a presenciar esos certámenes, siempre interesantes para el hombre pensador y verdaderamente patriota.

Nuestro Gobierno cumple de una manera plausible y satisfactoria el sagrado deber de difundir y mejorar la instrucción pública. Aprovechando todos los elementos del país, hace al mismo tiempo venir profesores extranjeros para los ramos en que pueden ser útiles: en algunos lugares se ha duplicado el número de escuelas: en medio de las muchas atenciones del tesoro público, se creó un Instituto Nacional; y hasta en los pueblos mas lejanos se ha regado la semilla de la educación popular, encargándola en algunos de ellos a los curas, quienes reciben por eso una subvención que les da el Gobierno.

Los primeros exámenes que ha-

habido en este año, fueron los del Colegio de San Luis, en Cartago: el público tiene ya noticia del brillante resultado obtenido por la competencia y la completa dedicación de los profesores.

El Instituto Nacional ha demostrado que no es estéril el empeño con que el Gobierno creó y sostiene tan interesante plantel. Con pocas excepciones, los profesores correspondieron a las más legítimas esperanzas.

Debemos también hacer una mención honrosa de los exámenes de las escuelas de varones, del Norte y del Sur, en esta Capital.

La educación del bello sexo es atendida con todo el celo que por su importancia demanda. Presenciamos el domingo último el examen del Liceo que dirigen las Señoritas Gutiérrez: desde los trabajos caligráficos y las labores de manos, hasta los conocimientos mucho mas que primarios en aritmética, geografía, gramática castellana é historia, todo fué satisfactorio y digno de aplauso. Una gran concurrencia acudió a presenciar los progresos de una numerosa é interesante sección de las niñas josefinas; y el Excelentísimo Señor Presidente, que asistió, acompañado del Secretario de Instrucción Pública, quedó sumamente complacido, y entregó los premios a las niñas que los obtuvieron.

También concurrió el Excelentísimo Señor Presidente, el último día de exámenes, a las Escuelas de niñas de Cartago y de Heredia. Allá como aquí, el progreso es notable, y el primer Magistrado de la República quedó satisfecho, haciendo algunas indicaciones para ampliar la enseñanza en el año entrante.

Hoy tendrá lugar el examen de las huérfanas, y próximamente el de la Escuela de las Señoritas Fournier, que es una de las mejores de esta Capital, especialmente por las preciosas labores de manos.

Es consolador el cuadro que presenta la instrucción primaria de ambos sexos. Costeada por la Nación, el Gobierno vigila esos interesantes planteles, que fundan las esperanzas de la patria. Educación amplia, a la altura del sistema moderno, se desarrolla al mismo tiempo sobre la segura base de la moral y de la doctrina cristianas, única que responde a la formación conveniente del corazón del niño y de la niña, principio de la luz del faro que habrá

de salvarles en las diversas situaciones y en las futuras tormentas del tempestuoso mar de la vida.

CRONICA.

Liceo de niñas del Norte.

Aunque el artículo editorial de este número se ocupa de los exámenes en general, no estará por demas consignar en esta sección un suelto sobre el del Liceo de niñas del Norte, que tuvo lugar el último Domingo.

Nos complació sobre manera el positivo adelanto de las alumnas de ese plantel de educación, que hace honor, no solo a la ciudad de San José, sino también a toda la República.

Las Señoritas Gutiérrez, como tuvimos el gusto de decirlo en otra ocasión, han dado una prueba evidente de sus conocimientos y del buen método que adoptan para la enseñanza.

A pesar del aire festivo de que revisió sus preguntas el muy ilustrado república, Señor Romero, y de la gravedad de algunas de estas; las niñas sustentantes contestaron a ellas con notable desembarazo y con un acierto asombroso.

Y si no, sirva de ejemplo la solución dada por una niña de cinco años, al siguiente caso propuesto en el examen de ortografía.

"¡Ay!... ah!, en ese sofá, hay un hombre que dice ¡ay!"

La niña de cinco años, ó de seis, a lo más, escribió la frase sobre el tablero como quien apura un vaso de agua.—¿No es esto asombroso a la verdad?

Y lo mismo en geografía, y lo mismo en historia, y lo mismo en... todo.

Personas inteligentes nos aseguran que los bordados exhibidos eran magníficos. Nosotros, aunque concurrimos al examen, no tuvimos oportunidad de admirarlos.

En cuanto a la solemnidad del acto, nada dejó que desear: la concurrencia fué numerosa y lucidísima: las bellas josefinas inundaban de luz esa mansión de la hermosura, de las flores y de Minerva.

Enviamos nuestras felicitaciones, por segunda vez, a las jóvenes maestras que de un modo tan espléndido han dado una nueva prueba de su inteligencia y de su cultura.

TEATRO.

La compañía dramática española, dirigida por el Señor Guerra, claudicó, textualmente; y, a la hora de esta, dicho caballero, su señora y su cuñado, el simpático Rodríguez, consueta de la compañía, surcan la azulada onda del Pacífico con el rumbo a Panamá. Hacemos votos por su bienandanza.

El resto de la compañía se ha quedado, y bajo la dirección del Señor Miñana, se propone dar tres funcioncillas en las Fiestas que en la vecina ciudad de Heredia deben comenzar mañana viernes.

Su objeto no es una especulación, pues bien comprenden estos artistas

que sin las partes principales que desempeñaban en la compañía el Señor Guerra y su esposa Doña Santos, reducido su elenco a la mínima expresión, no pueden aspirar a dar obras de aliento, sino, a duras penas, algunas piecicillas de pocos personajes y fácil desempeño, al alcance de su exigüidad numérica. Pero, el objeto que llevan en mira es nobilísimo: allegar algunos fondos para auxiliar al galán joven, Señor López, que habiéndose quedado sin blanca, se encuentra en aflictiva situación, faltándole los recursos indispensables para trasladarse a... cualquier parte.

Aunque no fuera más que para esa circunstancia, debe contar la compañía-residuo con que la población de Heredia no hará fracasar su generoso intento, pues en ella se cuentan muchos caracteres elevados, muchos corazones bien puestos.—Y luego, que en tiempo de fiestas todo entra en la diversión.

A propósito de Fiestas: es de suponerse que, como siempre ha sucedido, los trenes circularán sin cesar diariamente, y los wagones irán siempre colmados de pasajeros alegres y ansiosos de matar este pícaro tiempo, matador implacable y perpetuo de todo vicho viviente.

¡Hurra por Heredia!

EXAMENES EN PUNTARENAS.

En los días dos y tres del corriente mes de Diciembre tuvieron lugar los exámenes de las dos escuelas primarias que sostiene el Gobierno en la Ciudad; no asistimos a ellos por causas independientes de nuestra voluntad; pero por personas competentes estamos informados de que el aprovechamiento de los alumnos no es escaso.

En una y otra escuela se pronunciaron discursos que revelaron el talento, la cultura y la instrucción de sus autores, y habiendo obtenido el original del quinto discurso de la escuela de niñas, en que se prueba que sin la instrucción gratuita quedarían sepultados los talentos de jóvenes pobres que carecen de medios aun para la subsistencia. El discurso que vamos a publicar se comprenderá que no es obra de una niña de once años, cuyo nombre es Salvadora Galindo, quien lo recitó, hija de padres muy pobres; pero el estudio que de él hizo y su habilidad para pronunciarlo en público, así como la serenidad y certeza con que respondió en las materias en que fué examinada, merecieron la aprobación de los concurrentes. Hé aquí el discurso.

Señores y Señoras:

Venis a honrarnos con vuestra respetable presencia en este día solemne para la patria y de ventura para sus hijos.

Ante todo, Señores, permitidme que dé gracias a la Divina Providencia por el favor que hoy tan visiblemente nos dispensa; damoslas al Gobierno Supremo por el marcado interés con que protege la enseñanza popular, preciosa conquista de las Repúblicas y fuente de moral y de bienes sociales; al Señor Don Joaquín Fonseca, a quien como Gobernador le cupo la satisfacción de establecer este Liceo en 1866, y ha tenido también la de reorganizarlo en el presente año; y en fin, a nuestras respetables y queridas Maestras, tan dignas de la confianza pública como acreedoras a nuestra gratitud y respeto.

No esperéis, Señores, encontrar grande aprovechamiento en nuestros estudios y la-

botes; pero tened en cuenta que mas de la mitad de nosotros ingresamos al Liceo en el segundo semestre del corriente año, y porque siendo, la mayor parte de nosotros, hijos de padres pobres, nuestra asistencia es muy puntual; mas, confiados en la proteccion divina, llegará un día en que las aspiraciones del Supremo Gobierno y las nuestras se verán cumplidas.

Aceptad, Señores, nuestra salutacion en un fausto día, para los que aman la igualdad en la familia humana.

Ha dicho.

Puntarenas, á 4 de Diciembre de 1876.

SECCION CIENTIFICA.

Los efectos de la intemperancia en el rico y educado.

Por Carlos Pirani,
Profesor de Inglés.

(Continuacion.)

En el gran número de calamidades humanas ¡qué espectáculo mas triste nos vemos obligados á contemplar que el de los hijos de la opulencia cuando llegan á la virilidad que debieran estar animados de ardientes deseos de marchar resueltamente por la via de la utilidad y el honor; ¡qué espectáculo mas triste, pregunto, que verlos como los vemos algunas veces abandonar el cuidado de un padre ó el amor de una madre y desterrados de su hogar y de su país, estar sujetos á la disciplina de un buque ballenero ó de guerra; porque no pueden vivir entre personas sobrias y arregladas? Ni aun en el destierro están seguros. Algunos han perecido vilmente en una orgia en suelo extranjero y manos extranjeras han cavado su tumba. El altivo é indomable espíritu de los demas los ha arrojado á la muerte contra las barras de su cárcel de hierro. Otros vuelven con las facultades estinguidas y parecen incapaces de hacer bien ó mal. La culpa humana ha carbonizado el diamante y nadie puede sacar de las cenizas una chispa que pueda encender de nuevo su primitivo fuego.

Pero como felizmente ha resultado algunas veces, si el tunante, despues de muchos años de ausencia y rígida disciplina vuelve para hacer que el sol poyente de una vida agitada alumbre días de calma en la casa de sus padres, ¿no es nada que la familia haya sufrido penalidades durante muchos años y se entristeciera al ver un asiento desocupado en la mesa? ¿No es nada que haya andado muchos años desviado de la senda de la rectitud? Y aunque la vuelta á la virtud merece el perdon de Dios y los hombres, sin embargo, ¿no es nada que el ineludible recuerdo de sus pecados quede grabado en su memoria para siempre? No vitupereis á esos jóvenes víctimas de nuestras crueles instituciones. El pecado es nuestro, lo repito, el pecado es nuestro. Nosotros somos los que abrimos el abismo al cual no pueden acercarse sin peligro por su impetuosidad é inesperienza. Ay! ¿En qué mundo vivimos que ni en el país de nuestro nacimiento ni en ninguna parte de la extensa superficie del globo hay un refugio ó un lugar donde ocultarse de estas violentas ruinas!

Rodeados como han estado los jóvenes de nuestros días de perpetuas y dominantes tentaciones de caer en hábitos de intemperancia, ¿pueden los padres confiar la felicidad terrena de sus hijas, sin temor al incierto sostenimiento de su honor y fidelidad? Aunque todos los auspicios de la tierra sonrian favorablemente por sus felices bodas, ¿que ángel ha levantado la cortina del futuro y descubierto á su vista que repentinamente el paraíso del amor conyugal no se convertirá en un infierno de discordia doméstica? ¿Por qué reunir los padres toda su felicidad en la preciosa vida de su hija? ¿Por qué gastan innumerables riquezas para darle un dote,

adornándola con todos los atractivos personales y morales? ¿Por qué se empeña en rodearla de una atmósfera de pureza y fe? ¿Por qué con angélico cuidado observa sus acciones diarias atenta y amorosamente y, sin embargo se muestra totalmente insensible á esa condicion de la sociedad, por la cual los enemigos mas destructores de su futura felicidad estan en asecho?

Ningun padre que ame á su hijo, ninguna madre que ame á su hija ni ningun hombre que ame á un niño con un amor prudente deja de conocer que este sea tan importante para disminuir las tentaciones de ese estado de la sociedad en la cual estos niños deben entrar pronto como para amarlos de fuerza moral para resistir esas tentaciones. Cualquier hombre que estime el honor—so título de caballero tiene un deber imprescindible de observar la temperancia. Ha habido siglos del mundo en que el valor y un predominio general en los hombres de las facultades físicas sobre las espirituales hicieron los hábitos de intemperancia infinitamente menos repugnantes y repulsivos que en estos días de progreso mental comparativo y refinamiento social. Cada rayo de luz moral é intelectual que irradia sobre la sociedad hace mas palpable el contraste entre las asquerosas exhibiciones de este vicio y esa elegancia y digna sencillez de modales que corresponden á una vida verdaderamente civilizada.

La conducta que entonces fué solo una falta es ahora una desgracia. Lo que entonces merecía solo algo mas que una reprension es ahora digno de una retribucion penal y de escarnio. El semi-barbarismo parece algunas, en nuestros días, brutalidad, siempre que es efecto de la ignorancia hereditaria y la pobreza tiene derecho á un juicio indulgente. Yo experimento un sentimiento de compasion que se sobrepone al de indignacion cuando veo al pobre é ignorante buscar un pasajero olvido de sus cuidados y penas por medio de la satisfaccion de sus apetitos. No comprenden absolutamente la magnitud de su error. La naturaleza humana requiere estímulo. Esto lo conocen, mientras saben, aunque imperfectamente otros recursos, salvo los placeres animales. Pero no hay tal paliativo para los ricos y educados. Ellos están relevados de todas las innobles necesidades de la existencia. Tienen á su disposicion diez mil atractivos recursos.

(Continuad.)

SECCION LITERARIA.

Las últimas décimas.

Pasad delirios, pasad. . .
Gratos delirios dorados
De mis amores soñados;
¿A qué aumentais mi ansiedad?
Es muy clara realidad
Que aquel objeto divino,
Que cruzó por mi camino
Cual fugaz exhalacion,
Solo hirió mi corazon
Con el puñal de asesino.

Puñal que en sangre manchado,
Dejando abierta la herida,
Recojió el homicida
Al verme á sus pies postrado.
Y no el verme bañado
En roja sangre valió,
Que tan luego como hirió,
Como el céfiro se fué;
Y yo ¡ay triste, ni sé
Qué á tanto mal le morió.

Perdone Dios esa accion:
Yo tambien culpable fui,
Que á su imperio me rendí
Sin escuchar la razon.
Mas, ¿quién en tal ocasion

Previsor hubiera sido?
¿Quién nunca hubiera sabido
Aquellos ojos al ver,
Que pudiera allí haber
Corazon endurecido?

Despiadado corazon
Que no conmueve la queja;
Corazon que llorar deja
Sin moverse á compasion. . .
Nada importa la afliccion
En el semblante pintada,
Que gima el alma angustiada
Y se consuma en dolor;
Que aquel corazon ¡que horror!
De piedad no tiene nada.

Pasad, delirios; mi pecho
Que no palpita ya mas.
Aquel objeto falaz,
¿Aun no estará satisfecho?
¿Aun querrá ver mas deshecho
Mi corazon que agoniza?
¿Tanta crueldad me horroriza!
¿Será que busca ocasion
De fundir mi corazon
Para esparcir su ceniza?

Oh, cruel! y nada te mueve. . .
Ni mi dolor ni ansiedad!
Cómo siendo una beldad
Tienes corazon de nieve?
¿Te parece acaso leve
Culpa hundir la flecha dura,
Y luego negar la cura
Al corazon lacerado,
Cuando se siente abrasado
En tan letal calentura?

No, que el cielo escuchará
El acento lastimero,
Y temeroso y severo
Justicia luego le hará.
Deja, pues, que el alma ya
Se consuma en su dolor,
Que si duro es tu rigor,
Duro será tu tormento,
Pues es el remordimiento
Gusano devorador.

Mas, no. . . nunca. . . ¡cruel delirio!
He blasfemado; Dios mio. . .
Tan solo mi desvarío
Es causa de mi martirio.
Ella es pura como el lirio
Que á la mañana aparece,
Que blando el céfiro mece,
Y del sol el rayo de oro
Sin lastimar su decoro
Abro sutil y ennoblece.

Garza de sereno vuelo,
De blanca pluma vestida,
En cuyos ojos se anida
Toda la gracia del cielo.
¿Cómo colmar el anhelo
Tú pudieras de un demente,
Que apasionado y ardiente,
Febril el alma, quisiera
Que tu corazon sintiera
Lo mismo que el suyo siente?

No, mi bien, yo no querría
Verto nunca sin sosiego,
Abrasada en tanto fuego,
Con tan mortal agonía;
Pasar de un día á otro día
Sin hallar jamas quietud
Ni en el vicio ni virtud:
Que es el amor que yo siento
El huracan mas violento
Que agosta la juventud.

Amor que el alma arrebató
Y enloquece la razon,
Y que allá en el corazon
Cual tempestad se desata:
Que la dicha desbarata
Y la ilusion asesina;
Que todo en suma lo arruina. . .
Pues de ese modo el amor
Es un rayo asolador
En vez de llama divina.

Oh, jamas tu pecho tierno
Sacuda amor con violencia,
De tu preciosa existencia
Haciendo cruel un infierno.
Séa en tí el goce eterno,
Nada tronche tu alegría;

Que en mi mortal agonía,
Y á pesar de mi tormento,
Estaré yo bien contento
Si no sufres vida mia.

Rosa encendida, de esencia
Que embriagada el alma aspira,
Por quien mi mente delira
Y se agita mi existencia;
Si palpita la inocencia
En tu copa sin manilla,
Y Flora de su mejilla
Te dió el lindo rubí,
¿Por qué yo humilde ante tí
No he de doblar la rodilla?

Pio J. Viquez.

¡Las madres!

¡Que dulcísima poesia encierran estas
dos palabras. ¿Cómo bajan los recuerdos
á despertar en el corazon los mas nobles
sentimientos, la mas suave ternura!

¡Las madres!

¡Que poema se agita en el alma al vibrar
en ellas las inájicas cuerdas del mas puro
de los amores!

¡Una madre!

Vedla con qué cariñoso afán prepara los
primeros pañales que han de envolver al
hijo de su corazon; con qué delirante amor,
con qué sublime orgullo le contempla y le
dá el primer beso!

Al pié de la cuna, velando su inocente
sueño, es el ángel de la guarda que vela el
sueño de otro ángel.

Guiando sus primeros pasos, aspirando
sus primeras caricias, riendo con sus gra-
cias infantiles, es la mas bella imájen del
cariño, la mas pura expresion del amor.

Ella es la confidente de nuestras prime-
ras impresiones, la que enjuga nuestras lá-
grimas, la que alienta nuestros primeros pa-
sos en el áspero sendero de la vida.

Ella rie con nuestras alegrías y llora con
nuestro llanto. Ella consuela nuestras aflic-
ciones y mitiga nuestras penas con el ma-
nancial de su cariño.

Ella es siempre el puerto salvador del
naufragio de la vida.

Quien tiene madre no puede ser desgra-
ciado, aunque sobre él caigan todas las pe-
nas, todos los sufrimientos.

La sonrisa de una madre es un iris que
serena el mas borrascoso cielo. Quien no
ha tenido madre no debió nacer.

La ternura de una madre es solo compa-
rable con la inmensidad de Dios.

Un niño sin madre es un ave sin nido.

Las madres son una isla de bienaventu-
ranza en medio del mar de la existencia,
un oasis protector en el desierto de la vida.

El huérfano, el que nunca recibió sus ca-
ricias, es el ciego que nunca vió la luz del
sol.

El cariño de una madre es inagotable.

Su amor es el amor de los amores.

El hijo que hace derramar una sola lá-
grima á su madre, no tiene perdon de Dios,
y es inferior á las fieras de los bosques.

¡Oh! Yo adoro á mi madre con toda mi
alma!

Su vida es mi vida, su aliento es mi a-
liento, su ser es mi ser!

Quien no ama á su madre no ama á na-
die, porque su corazon es de escoria.

La madre que nos da el ser y vela el
sueño de la cuna, sufre con santa resigna-
cion la ingratitud de un hijo, ahoga su pe-
na en el alma, disculpa sus faltas y le a-
bre sus brazos.

Ella nos enseña las primeras oraciones,
ella nos enseña á creer, á esperar en Dios
y á ejercer la caridad, por que el corazon
de una madre es todo amor para sus hijos.
¡Benditas sean las madres!

Si la vida nos da amarguras tambien
nos da goces.

Si el hombre es un desterrado del Cielo,
abierto tiene el camino para volver á él,
El arrepentimiento purifica. El cariño
de las madres es una escala que pone en
comunicacion al Cielo con la tierra.

Del "Correo de Ultramar."

ENSAYO.

A mis amigos Viquez y Truque.

Viquez y Truque, os he leído
En un número pasado,
Y ambos habeis cumplido,
Con el trabajo encargado.

Ya de ello no queda duda,
Y perdonad si me meto
En esta cuestion tan ruda;
Mas no puedo estar quieto.

¿Quién puede quedarse frío
Llamándose buen amigo
De Don Eloy y Don Pío,
Cuyas cabezas bendigo?

Arregla el Señor Posada
Lindamente la cuestion
En la parte colocada,
De crónica en conclusion.

Dice con justa razon
Que los extremos se tocan,
Y el artículo y cancion
Como extremos se colocan.

Ambos verdades dijeron,
Aunque extremos hayan sido;
Pero ambos tambien perdieron
Por los medios el olvido.

Truque, es muy cierto, Señores,
En su artículo precioso,
Tan lleno de bellas flores,
Es de razon poderoso.

Muy grande mérito tiene
Lo que Viques escribió;
Que ni opina ni conviene
Con lo que él mismo firmó.

Mi opinion yo voi á dar
Pues, si sólo hablan sabios,
No podriamos ni menear
Muchos, muchos, ni los labios.

El casarse es lo mejor;
Mas sin tener pan seguro,
Aun muriéndose de amor,
Es imprudencia; os lo juro.

El casarse es lo mejor;
Pero es el bulto arriesgar
El casarse sin amor,
Aun con miles que botar.

Si el casarse se aboliera
Sólo por falta del oro,
Dime Viquez, qué se hiciera
De la virtud y el decoro?

Y si no es cosa espantosa,
Que Truque conteste quiero,
Ver á los hijos y esposa
Hambrientos y sin dinero.

Como Viquez hablaria
La senectud, la experiencia;
Cual Truque, la mayoria,
La juventud, la imprudencia.

En esta larga camisa
Me he metido, mas no importa
La burla, el sarcasmo y risa,
Que ya está hecha la torta.

M. MONTÚPAR.

LA MUJER ESPIRITUAL Y LA

Positivista.
Contrastes.

PRIMER ENSAYO QUE DEDICO Á MIS AMI-
GOS ELOY TRUQUE Y SANTIAGO DE LA
GUARDIA.

No poseo experiencia ni pretendo
poscerla. Bosquejar siquiera un cua-
dro de costumbres es tarea árdua y
asaz peligrosa, y solo digna de las plu-
mas de un Emiro, de un Jil ó de un
Navarro.

Quiero delinear con trémula mano
dos tipos; así pues, se me disimularán
mis toscos perfiles.

I.

Anita es un dechado de hermosura,
de candor y de pureza.

No es vana ni pretenciosa. Todos sus
encantos son realzados por una modes-
tia que raya en sencillez.—Sus me-
jillas de rosicler se encienden mas al
escuchar una lisonja.

No es rica; pero posee un patrimo-
nio cien veces mas pingüe que los te-
soros de Monte-Cristo: su corazon, don-
de se anidan todas las virtudes que
adornarán á la Casta Susana.

Es admirada y pretendida por no po-
cos caballeros que ostentan una posi-
cion y riqueza que están muy lejos de
tener y que se precian de una alcurnia
no depurada y dudosa.

No admiran sin embargo las relevan-
tes prendas de su alma, sino solo su
hermosura.—*Vanitas vanitatis et om-
nia vanitas!*

Entre sus pretendientes y admirado-
res cuéntase un viejo sexagenario, que
le ofrece un paraíso con sus onzas, don-
de él será el Adán y ella la Eva.

Anita no lo quiere ni siquiera lo es-
cucha, como tampoco escucha sin des-
preciar á los elegantes pepitos que la
accedian.

Anita, no ama á ninguno de ellos, y
ya le llegó el tiempo que su corazon
se abra á las dulzuras y sinsabores del
amor. ¡Cosa rara!

Raro tambien, que ya en sus diez y
seis abriles no haya elegido un novio,
cuando las niñas de este tiempo á los
ocho años los cuentan por docenas.

Entonces Anita no ama, no tiene co-
razon. . . Falsedad!! Anita tiene un co-
razon de oro, de una ductilidad esqui-
sita, amoroso, tierno, compasivo; Anita
ama á Rafael con cariño angelical, no-
ble y puro.

Rafael se acerca á los veinte años—
¡Dichosa edad! ¡Indescriptible epopeya
de la vida del hombre!

Rafael es modesto, laborioso; ci-
fra sus verdaderos placeres en el estu-
dio; en la proteccion de su virtuosa fa-
milia, sin omitir los sacrificios.

No tiene riquezas ni puede hacer
alarde de un nacimiento elevado, por-
que su sola gloria, su único orgullo es
el ser el ángel tutelar del hogar; y su
ambicion, llegar á la meta de sus aspi-
raciones: adquirir sin mancha el título
de médico para ser el adorno de aquel y
el consuelo de la humanidad.

Anita y Rafael se aman con un amor
divino y desean entrelazar sus destinos.

Tienen concertado su matrimonio pa-
ra el día que él esté en posesion de su
título que no tardará, porque Rafael
es estudioso, tiene génio y una con-
stancia que no se abate, tanto ménos,
cuanto que al mismo tiempo será due-
ño del ángel que acompañará sus in-
somnios causados por el estudio.

Anita lo anima bañándolo siempre
con los effluvios de sus bellísimos ojos y
labios de rubí, diciendole:

“Trabaja. Yo te espero.” El anona-
dado de placer y arrobado de felicidad
ve reflejar el porvenir en sus pupilas,
y responde:

“Aguárdame. No tardaré.”

II.

Cristina, cumple sus diez y siete pri-
maveras.

Es mas hermosa que una Venus de
Milos, mas seductora que la hija de
Atlante, tiene la blancura de una ca-
melia y la frescura de una mañana pri-
maveral.

Pero es orgullosa, vaná, amiga del
inciensio que sube á su corazon en per-
fumadas espirales, siendo el ídolo de
cuantos llegan á mirarla por vez pri-
mera.

A nadie desdeña, pero tampoco á na-
die prefiere.

¿Será que no tiene corazon? Si lo tie-
ne; pero duro como el diamante, y pa-
ra lapidarlo se necesita mucho. . . oro.

Pero no tiene novio, y es extraño! . .

Nó; no lo es: es tan comun y tan
sencillo como la distincion de lo blanco
y lo negro.

Porque Cristina tiene muchos.

¿Y por qué no elige uno? Eso es co-
meter el quinto pecado capital!

Porque no le da la gana, por que su
razon no se le aconseja lo tome de en-

tre los que la rodean, porque apesar
de su boato no tienen un centavo, y
ella no se deja seducir por apariencias.

No se deja trasportar fácilmente, á la
sencilla y tranquila vida del hogar
cuando allí no ha de hollar una alfom-
bra;—por que no verá en su salon con-
solas de mármol hábilmente cinceladas,
ostentando sobre ellas las renombradas
lunas de Venecia. Porque no verá allí
deslumbrantes muebles de terciopelo;
colgaduras de rica seda, galonadas de
oro. Porque un salon sin flores ni
perfumes es un panteon para ella. Por-
que en su aposento no estará el nido del
amor conyugal reflejando la luz en sus
dorados, ni harán admirar el fino puli-
mento de sus rosetones de ébano ni sus
incrustaciones de nácar. Porque
ese lecho no será digno de recibir sus
mórbidas espaldas. Por que en su man-
sion no será ella la reina, sino la com-
pañera.

III.

Arturo acaba de llegar de Europa.—
Viene sobresaliente en . . . corrupcion;
pero deslumbrado con su clara intelligen-
cia en el vestir.

Refiere mil aventuras, en las que él
ha sido el protagonista, cuenta que ha
tenido íntimas relaciones en Londres,
en París, Viena, &c. &c. con eminentes
personajes.

Tiene profundamente conocimientos
en la ciencia de Heliogábalo, y quiere
introducir por donde quiera la vida de
París.

Juega; desafia, enamora; en fin, es
un moderno Tenorio.

Pero ademas de estas singulares cua-
lidades, posee la mas sobresaliente: es
rico.

Es pues, un cumplido caballero del
Siglo XIX.

Ve á Cristina. Ella ha oido hablar
de él tan bien, que lo cree un príncipe
rodeado de génios maravillosos de “Las
mil y una noches,” pues posee brillan-
tes de que se llena todos los dedos;
cambia de vestido todos los días; usa
baston con empuñadura de oro, y una
rosa en el ojal de su *fashionable* levita!
Entonces ella no le escasea sus fascina-
doras miradas doblegándolo con ellas.

Arturo entra en el número de sus
amateurs, y se postra á sus piés, obte-
niendo la promesa de su mano.

IV.

Rafael ha obtenido con brillantez su
título, está satisfecho; pero no comple-
tamente. Le falta llenar todavía su mi-
sion de digno ciudadano.

Reune sus ahorros, solicita la mano
de Anita y la obtiene.

Bien pronto hace sus preparativos de
boda.—Su habitacion es modesta pero
no tardará en colocar en ella su mas
bello adorno.

Anita y Rafael unen sus corazones al
pié del altar en que en un día llegaron
sus padres á pronunciar los votos de
fidelidad y de amor.

Un sí lleno de amor pronuncia Ani-
ta, elevando una plegaria al Ser Omni-
potente, y añadiendo en su interior—“te
amo y te haré feliz, Rafael.”

Rafael tambien lo pronuncia con va-
lor porque su porvenir está resuelto.

Poco despues se unen Arturo y Cris-
tina

Mil bellas envidiosas quizá, rodean
á la novia. Ella está radiante de her-
mosura; pero le falta algo,—ese algo no
lo sabe, porque no lo ha conocido.

Un suntuoso baile da principio á la
fiesta, las abejas van allí á recoger la
miel y los perfumes de las flores que
adornan el salon.

El baile concluye dejando á todos
satisfechos.

¡Dichosa pareja!

Llegan al pié del altar y pronuncian
el sí, pero Cristina agrega en sus adon-
tro “te atrapé. ¡Feliz yo! ésta era mi
ambicion.”

El novio tambien agrega: “compre
una belleza.”

V.

El tiempo transcurre con velocidad.
Anita adquirió el primer fruto de su
amor, y continuamente lo acaricia: lle-
na del amor mas sublime en union de
Rafael.

Ambos se extasian en la contempla-
cion del niño que sonríe á sus protecto-
res—diciendo en su sonrisa:

“Héme aquí, yo soy el enviado: que-
redme mucho, yo os pagaré mas tarde.”

Anita cuida siempre su hijo, lo ali-
menta con sus pechos, trabaja sus ca-
misas al lado de su cuna: y mientras
duerme desempeña siempre sonriendo
sus obligaciones. Con solicitud y filial
cariño atiende á la madre y hermanos
de Rafael.

El trabaja incesantemente, y cuando
el tiempo le permite, cuida tambien á
su pequeñuelo y no pocas veces
es detenido por la voz de su esposa que
le dice:

—No lo despiertas, está dormido.
—Pero si quiero tenerlo un ratito.
—Pero . . . tus enfermos te esperan.
—No, el ángel de su guarda no será
tan egoísta que no vaya á cuidarlos
mientras yo acaricio á su compañero.

Rafael y Anita son felices.

El niño crece, y á proporcion que él
adelanta en años, ellos suprimen los
gastos que creen superflúos, pensando
en el porvenir de su hijo; y lo hacen no
solo sin sentir la menor pena; sino con
verdadero placer.

¡Y serán siempre felices!

Cristina obtiene tambien el fruto de
sus cálculos;—pero ella no lo cria.

Arturo teme que su esposa se mar-
chite pronto.

Una ama va á desempeñar la santa
mision de la madre.

Arturo y Cristina no ven casi al ni-
ño; sus elegantes recepciones, sus bai-
les, el teatro, los paseos, no les dan
tiempo de acariciarlo.

Sin embargo, Rafael tiene tiempo de
divertirse en el Casino, jugando con
sus amigos que le ayudan á desmoronar
su capital.

Cristina tambien tiene tiempo. . . de
colocarse siempre delante del espejo,
contemplando los nuevos adornos que
día por día le renueva Arturo.

Arturo es disipado; ella coqueta y
veleidosa: ambos celosos.

¿Serán felices?—¿Quién sabe!
¿Cuál de estos dos tipos escogería el
lector?

Los colores no son vivos ni el lápiz
fino; pero agréguele lo que le falte, y
bórrele los errores y . . . perdone el
chasco.

A. CLÍMACO DE LA ROCHE.

San José, Noviembre 18 de 1876.

REPRODUCCIONES.

AVENTURAS
DEL CAPITAN HATTERAS,
POR JULIO VERNE.
PRIMERA PARTE.

LOS INGLESES EN EL POLO NORTE.

(Continuacion.)

CAPÍTULO XIII.

LOS PROYECTOS DE HATTERAS.

La aparicion de aquel atrevido personaje
fué por la tripulacion diversamente apreciada.
Algunos se adhieron á él completamente, por
amor al dinero ó por audacia. Otros tomaron
su partido en vista de la aventura, y se reser-
varon el derecho de protestar mas adelante,
comprendiendo cuán difícil era resistir en a-
quellos momentos á un hombre semejante.
Cada cual ocupó, pues, su puesto. El 20 de
Mayo era un Domingo y fué para la tripula-
cion dia de reposo.

Se celebró en el camarote del Capitan un
Consejo de Oficiales compuesto de Hatteras,
Shandon, Wall, Johnson y el Doctor.

—Señores, dijo el Capitán con una voz á la vez dulce é imperiosa que le caracterizaba; conocéis mi proyecto de llegar al polo; deseo conocer vuestra opinión acerca de esta empresa. ¿Qué os parece Shandon?

—No me parece nada, Capitán, respondió con frialdad Shandon, yo no puedo hacer mas que obedecer.

Hatteras no se manifestó sorprendido de la respuesta, y repuso no menos friamente:

—Ricardo Shandon, os ruego que os expliquéis acerca de nuestras probabilidades de éxito.

—Pues bien, Capitán, respondió Shandon, por mi responden los hechos; las tentativas de este género han sido hasta ahora infructuosas; deseo que nosotros seamos mas felices.

—Lo seremos. ¿Y vosotros, señores, qué opináis?

—En cuanto á mí, respondió el Doctor, creo nuestro proyecto practicable, Capitán, y como es evidente que algunos navegantes llegarán un día á otro al polo, no veo qué razón haya para que los que lleguen no seamos nosotros.

—Tanto mas, respondió Hatteras, cuanto que nuestras medidas están tomadas con conocimiento de causa, y nos aprovecharemos de la experiencia de nuestros predecesores. Y acerca del particular, Shandon, os doy gracias por la asiduidad y buen tacto con que habeis tripulado el buque. Ciertamente que hay en la tripulación algunas malas cabezas que tendrán que entenderse conmigo; pero, de todos modos, no tengo para vos mas que elogios.

Shandon se inclinó desdenosamente. Su posición á bordo del *Forward*, del cual creia ser el jefe, era falsa. Hatteras lo comprendió y no insistió mas.

—En cuanto á vosotros, señores, añadió dirigiéndose á Wall y á Johnson, no podia prometerme la ayuda de oficiales mas distinguidos por su denuedo y su experiencia.

—Capitán, soy vuestro, respondió Johnson, y aunque vuestra aventura me parece algo atrevida, podia contar conmigo hasta la muerte.

—Y conmigo lo mismo, dijo James Wall.

—En cuanto á vos, Doctor, sé lo que valeis.

—Pues sabéis mas que yo, respondió el Dr.

Ahora, señores, repuso Hatteras, bueno es que sepais sobre qué hechos incontestables se apoya mi pretensión de llegar al polo. En 1817 el *Neptune* de Aberdeen se elevó al Norte de Spitzberg hasta los 82°. En 1826, el célebre Parry, después de su viaje á los mares polares, partió igualmente de la punta de Spitzberg, y con trineos-barcos, subió á cincuenta millas hacia el Norte. En 1853, el Capitán Ingfield penetró en la entrada de Smith, hasta los 78° 35' de latitud. Todos esos buques eran ingleses, y estaban mandados por ingleses, como nosotros.

Hatteras hizo una pausa.

—Debo añadir, repuso con cierto encogimiento y como si las palabras no pudiesen brotar de sus labios, debo añadir que en 1854 el americano Kane, mandando el bergantin *Advance*, se elevó mas aun, y en teniente Morton, atravesando los campos de hielo, hizo flotar el pabellón de los Estados Unidos mas allá de los 82°. Pero no hablemos mas de eso. Lo que conviene saber es que los Capitanes del *Neptune*, de la *Entreprise*, de la *Isabelly*, de la *Advance* comprobaron que partiendo de aquellas altas latitudes habia un mar polar enteramente libre de hielos.

—¿Libre de hielos? exclamó Shandon interrumpiendo al Capitán. ¡Es imposible!

—Notad bien Shandon, repuso tranquilamente Hatteras, cuyos ojos brillaron momentáneamente, que yo os cito hechos y nombres en su apoyo. Añadiré que en 1851 el Comandante Penny, estando estacionado junto al canal de Wellington, tenia un segundo llamado Stewart que se halló igualmente en presencia de un mar libre, esta particularidad, en 1853, fué confirmada por sir Edwar Belcher, que inverna en la bahía de Northumberland, á los 76° 52' de latitud, y 99° 20' de longitud. Los datos son incontestables, y de buena fé no pueden ser rechazados.

—Sin embargo, Capitán, respondió Shandon, los hechos son tan contradictorios...

—¿Estais en un error, Shandon! exclamó el Doctor Clawbonny; estos hechos no contradicen ninguna asercion de la ciencia. Con permiso del Capitán os lo digo.

—Lo teneis, Doctor, repuso Hatteras.

—Pues bien, oid, Shandon: de los hechos geográficos y del estudio de las líneas isotermas resulta muy evidentemente que el punto mas frio del globo no es el polo mismo. Como el punto magnético de la tierra, se separa del polo algunos grados. Los cálculos de Brewster, de Bergham y de otros físicos demuestran que hay en nuestro hemisferio dos polos del frio, uno situado en Asia á los 79° 30' de latitud Norte y 120° de longitud Este, y otro situado en América á los 78° de latitud Norte y 97° de longitud Oeste. Este último es el que nos ocupa, y ya veis, Shandon, que se encuentra á mas de 12° debajo del polo. Y ahora, os pregunto: ¿por qué en el polo el mar no ha de poder estar tan libre de hielos como lo está en verano al 76° paralelo, es decir, al Sur de la bahía de Baffin?

—Muy bien discurrido, respondió Johnson,

M. Clawbonny habla como un hombre del oficio.

—Lo que ha dicho parece posible, repuso James Wall.

—Quimeras y suposiciones! ¡Paras hipótesis! replicó Shandon obstinadamente.

—Y bien Shandon, dijo Hatteras, consideremos los dos casos. El mar está ó no libre de hielos. En ninguno de los dos casos se nos puede impedir ganar el polo. Si el mar está libre, el *Forward* nos conducirá á él sin trabajo; si está helado, haremos la expedición en nuestros trineos. Me concederéis que no es eso impracticable. Una vez llegados en nuestro bergantin hasta los 83°, no tendremos que andar mas que seiscientas millas para alcanzar el polo.

—¿Y qué son seiscientas millas, dijo el Dr., cuando es sabido que un cosaco, Alexis, Makoff, ha recorrido en medio del mar Glacial, á lo largo de la costa septentrional del imperio ruso, en trineos tirados por perros, un espacio de ochocientas millas en veinticuatro días.

—Ya lo veis, Shandon, respondió Hatteras, y siendo ingleses, ¿no hemos de poder hacer tanto por lo menos como un cosaco?

—¡Es claro! exclamó el entusiasta Doctor.

—¡Es claro! repitió el contranastre.

—¿Qué decís ahora, Shandon? preguntó el Capitán.

—Capitán, respondió friamente Shandon, yo no puedo hacer mas que repetir mis primeras palabras: obedeceré.

—Bien. Ahora, repuso Hatteras, pensemos en nuestra situación actual. Nos hallamos encerrados por los hielos, y me parece imposible que nos elevemos este año al estrecho de Smith. Hé aquí, pues, lo que conviene hacer.

Hatteras extendió sobre la mesa una de las excelentes cartas publicadas en 1859 por orden del Almirantazgo.

—Os suplico que me sigáis. Si el estrecho de Smith nos está cerrado, no podemos decir lo mismo del estrecho de Lancaster, en la costa del Oeste del mar de Baffin. En mi opinion, debemos remontar este estrecho hasta el de Barrow, y luego hasta la Isla de Beechey. El camino ha sido cien veces recorrido por buques de vela, y por consiguiente ningún obstáculo hemos de temer nosotros teniendo un bergantin de hélice. Llegados á la Isla de Beechey, seguiremos el canal Wellington tan adelante como sea posible, hacia el Norte, hasta la desembocadura de este canal que comunica con el de la Reina, en el punto mismo en que se percibió el mar libre. Hoy es 20 de Mayo. Dentro de un mes, si las circunstancias nos favorecen, habremos alcanzado el punto indicado, desde el cual nos lanzaremos hacia el polo. ¿Qué opináis, señores?

—Evidentemente, respondió Johnson, es el único camino que podemos tomar.

—Corriente, lo tomaremos, y hasta mañana. Que este Domingo se consagre al reposo. Procurareis, Shandon, que las lecturas de la Biblia se hagan regularmente. Las prácticas religiosas ejercen una influencia saludable en la moral de los hombres, y un marino, sobre todo, debe poner su confianza en Dios.

—Está bien, Capitán, respondió Shandon, y salió con el Teniente y el Contranastre.

—Doctor, dijo John Hatteras indicando á Shandon, hé aquí un hombre herido en su amor propio á quien ha perdido su orgullo; no puedo ya contar con él.

Al día siguiente, el Capitán muy de madrugada hizo hechar la lancha al mar, y fué á reconocer los ice-bergs cercanos, cuyo ancho no excedia de doscientos varas (1), y notó que á consecuencia de una lenta presión de los hielos, la prision en que se hallaba tendia á hacerse aun mas estrecha. Era por lo tanto urgente practicar en sus paredes una brecha, á fin de que el buque no fuese aplastado por aquel torbo de montañas. Los medios empleados al efecto por John Hatteras demostraron muy claramente que era un hombre enérgico.

Hizo primero trece escalones en la muralla helada, y llegó á la cima de un ice-berg, desde la cual reconoció que le seria fácil abrirse un camino hacia el Sudoeste. Por orden suya se habrió un horno de mina junto al centro de la montaña, y este trabajo, rápidamente conducido, ocupó á la tripulación durante todo el Lunes.

Hatteras no podia contar con sus blestigylinders, de ocho ó diez libras de pólvora, cuya accion hubiera sido nula contra tamañas moles. No servian mas que para romper los témpanos de hielo, y por tanto hizo cargar la mina con mil libras de pólvora, cuya direccion expansiva fué esmeradamente calculada. La mina, provista de una larga mecha cubierta de gutta-percha, salia fuera. La galería que conducía al horno se llenó de nieve y témpanos, á los cuales el frio de la noche debia dar la dureza del granizo. En efecto, la temperatura, bajo la influencia del viento del Este, descendió á 12° (—11° centígrados).

Al día siguiente, á las siete, el *Forward* tenia preparado el vapor para aprovechar la ocasion de salir. Johnson fué el encargado de prender fuego á la mina; la mecha estaba calculada de manera que tenia que arder cosa de media hora antes de comunicar el fuego á la pólvora. Johnson tuvo pues, suficiente tiempo para volver á bordo, y en efecto, diez minu-

(1) Ciento ochenta y dos metros.

tos despues de haber cumplido las órdenes de Hatteras, se hallaba en su puesto.

El tiempo era seco y bastante claro, y la tripulación se hallaba sobre cubierta. Habia dejado de nevar, y Hatteras en la popa con Shandon y con el Doctor, contaba los minutos con el cronómetro en la mano.

A las ocho y treinta y cinco minutos, se oyó una explosion sorda mucho menos estrepitosa de lo que pudo suponerse. El perfil de las montañas quedó de repente modificado como despues de un terremoto; un humo denso y blanco subió hacia el cielo á una altura considerable, y largas grietas culebreaban por los costados del ice-berg, cuya parte superior, proyectada á lo lejos, caía á pedazos alrededor del *Forward*.

Pero el paso no estaba aun libre. Enormes témpanos, formando bóveda sobre las montañas adyacentes, quedaron suspendidos, y de temer era que al caer volvieran á cerrar el recinto.

Hatteras juzgó la situación de una sola ojoada.

—Wolsten! gritó.

Apareció el armero.

—¡Capitán! dijo.

—Cargad el cañon con triple carga, dijo Hatteras, y atacadlo todo lo posible.

—¿Vamos á combatir la montaña á cañonazos? preguntó el Doctor.

—Seria inútil, respondió Hatteras. Una triple carga de pólvora, Wolsten; y nada de balas. Pronto.

—Algunos instantes despues, el cañon estaba cargado.

—¿Qué querrá hacer sin balas? dijo Shandon entre dientes.

—Vamos á verlo, respondió el Doctor.

—Está todo corriente, Capitán, gritó Wolsten.

—Bien, respondió Hatteras. ¡Brunton! dijo al ingeniero: "atencion! Algunas vueltas hacia adelante."

Brunton hizo funcionar al vapor, y el hélice se puso en movimiento; el *Forward* se aproximó á la montaña minada.

—¡Apuntad bien al paso! gritó el Capitán al armero.

Este obedeció, y cuando el bergantin estuvo cosa de medio cable, Hatteras gritó:

—Fuego!

Un estampido formidable siguió á su voz de mando y las moles de hielo sacudidas por la conmocion atmosférica se precipitaron de repente al mar. Aquella agitación de las capas de aire habia sido suficiente.

—¡A todo vapor Brunton! gritó Hatteras. ¡Derecho al paso, Johnson!

Johnson estaba en el timon; el bergantin, empujado por su hélice, que barrenaba sus espumosas olas, se lanzó en medio del paso, libre á la sazón. Ya era tiempo. Apenas el *Forward* habia pasado la abertura, en pos de él volvia su cárcel á cerrarse.

El momento fué palpitante, y no habia á bordo mas que un corazón firme y tranquilo, el del Crpitan. La tripulación, asombrada por la operación de que acababa de ser testigo, no pudo reprimir el grito de:

—¡Hurrah por Jhon Hatteras!

(Continuad.)

REMITIDOS.

Indirecta.

El periodismo es el órgano llamado á promover el progreso material y social en todas sus fases.

Cuando el escritor de conciencia señala las necesidades de un pueblo con un estilo moderado y respetuoso, si no alcanza del todo su objeto, prepara el sentimiento general en favor del bien y la moral pública puede florecer.

Propagándose buenos principios el mejoramiento social es un hecho.

Tratándose de usos ó costumbres repugnantes, son oportunos los artículos jocosos que tienden á ridiculizarlos y extinguirlos y sin duda el triunfo del publicista es seguro, si con inspiracion y gracia presenta sus ideas en general; pero cuando léjos de eso propenden bajo el dominio público á herir abiertamente personalidades lanzándose en el cieno del impropio, el despecto, la envidia, la calumnia y de la mas dañada intencion, desviándose así del decoro y promulgando en consecuencia principios disolventes, entónces la moral pública se desquicia.

En periódicos de orden no deben ver la luz producciones que adolecen en un todo de buena intencion por abundar en dictorios y falsedades de mala trascendencia, particularmente cuando se puntualizan hechos desautorizados ya por inciertos, ya por que en ningún concepto pueden escribirse ante el público decorosamente, tales son aquellos beneficios que se otorgan en privado espontáneamente á la sociedad por cuyo carácter incapacitan su ostentación, en que salté á la vista una inconsecuencia

detestable y que empaña la accion que la produjo.

Tambien es sensible leer en periódicos de importancia artículos que carecen de buena forma con perjuicio del buen sentido y del noble é interesante cometido del periodismo, y sin que en cambio puedan reportar provecho alguno demostrando así que los escritores insensatos son una epidemia en literatura y aun moralmente lo son para la sociedad, mientras los buenos publicistas saludables en todo caso y apetecibles especialmente en la actualidad que se construye la importante vía férrea, móvil del desarrollo general de la riqueza de Costa-Rica, seria muy plausible la discusion pública sobre las mejoras que necesariamente deben implantarse en el pais, mejoras cuyo exámen enderezarian á un resultado completamente bueno; la inmigracion por ejemplo es un elemento indispensable para el debido fomento de la agricultura particularmente en esta costa atlántica en que es necesario jente de paisos cuyo clima se asimile y que al mismo tiempo reuna la cualidad de pertenecer á buena raza. Ojalá merezca siquiera este ramo que dejo señalado la atencion de los que pueden en este pais deslindar su conveniencia.

Limon, Noviembre 23 de 1876.

HILARIO ESCOBEDO.

MISCELANEA.

CHISTES.

Habia un sacristan en un pueblo, que se preciaba de buena voz, jactándose de que, en diez leguas á la redonda no se encontraba aficionado alguno, que puesto en el coro, le ganase á cantar. Así es, que los días de fiesta se daba la importancia de un maestro de capilla, y situado detras del facistol se hacia la cara ojos para observar el efecto que en los concurrentes producía su canto. Y aunque los vecinos todos estaban asombrados, y aun diríamos sordos, bajo la impresion de aquella voz, que taladraba los oídos, habia sin embargo, una mujer vieja, viuda y devota, que levantaba los ojos y las manos al cielo, y daba señales inequívocas de la profunda impresion que le causaba el canto del sacristan. Este, que como ya hemos dicho, no era insensible á la gloria, conmovido con aquellas muestras de aprobacion, se resolvió á esperar á la viuda en el pórtico de la iglesia, para darle gracias.

—¿Es mi canto, le dijo, Señora Manuela, que le causa á usted tan profunda impresion, que le obliga á cada instante á levantar las manos y los ojos al cielo?

—Sí Señor.

—¿Ah de veras! ¿Con que es la dulzura, la flexibilidad de mi canto lo que la conmueve?

—Sí Señor.

—¡Ah! gracias, gracias.

—Yo le diré á usted, no hay de que darlas, porque cuando me aflijo tanto, es que me acuerdo de mi pobre rucio, aquel asno sin ventura, que se murió el año pasado; y cuando V. canta me parece que le estoy oyendo rebuznar en la cuadra, con aquella fuerte voz, que volvió sordos á la mitad de los vecinos.

El sacristan no ha vuelto á cantar.

Se presenta el sastre á cobrar la cuenta de unos pantalones que hizo al señor.

La señora lo recibe indignada.

—Maestro, es necesario que busque Vd. la manera de hacerle mejor los pantalones á mi marido. No puede ponerse estos últimos. Están tan flojos que se le caen.

—Está bien, señora, para la próxima vez á Vd., será á quien tome las medidas.

—¡A mí! ¿Que insolencia!

—Como Vd., es la que es la casa lleva los pantalones.....

Daba un caballero un banquete en su casa, y aunque todos los convidados debian ser personas decentes; sin embargo, uno de ellos se escondió un cubierto en el bolsillo.

El dueño de la casa, que no era ciego, observó la accion y calló; pero deseando al mismo tiempo recuperar lo robado, sin dar un escándalo, cogió á su vez otro cubierto y le escondió.

Poco despues el criado encargado de la plata, los echó de menos, y principió á entrar y salir buscándolos por todas partes, sin decir palabra.

—Toma, descuidado, le dijo entónces el señor, dándole el cubierto; el señor don N... te dará el otro, porque lo hemos hecho so lo por probarte.

Imprenta Nacional.—Calle de la Morced.